



LAS PARADOJAS DE QUEBEC

Carlos Ernesto HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

A primera vista, Canadá es hoy una sociedad privilegiada, tranquila y satisfecha, de hecho, sus propios historiadores publican que «la historia de Canadá es la historia de un éxito» (1). No obstante, en 1995, cerca de un 10% de su población expresó el deseo de comenzar un proceso de secesión política de la Federación nacida en 1982.

La principal de las razones aducidas por esta minoría, que constituía el 49,4% de los habitantes de Quebec, era «cultural»: los *québécoises*, reinterpretando su historia, planteaban sus derechos a existir como entidad diferenciada dentro (o fuera) de Canadá. Un Canadá que es «anglófono» porque, desde siempre, los quebequeses se han sentido discriminados en la que ellos consideran su tierra por el hecho de ser «francófonos». Es más, ellos son los *canadienes*, los auténticos, hasta que los anglófo-

(1) Bothwell, R., I. Dumont y J. English, *Canada since 1945*, Toronto, UTP, 1996, pág. 3.

nos, los nuevos *cannadians*, se apropiaran del nombre en el siglo XIX, y tuvieron que ser sólo la Provincia de Quebec, la *Belle Province*. Por su parte, los federalistas, los partidarios del no en el referéndum, el 50,6% de los votantes, cerca de un 90% de todo Canadá, argumentaban que Canadá sin Quebec no es nada y que Quebec sin Canadá es menos; que o federación o caos económico, y que mejor un pancanadiensismo que un nacionalismo que se vendía a los EEUU.

Ni acaban de reconciliarse, ni acaban de divorciarse, el «matrimonio histórico» entre ambas sociedades es conflictivo a día de hoy. Quizá una de las razones, o al menos eso se va a argumentar desde estas líneas, sea que la «sociedad real» y la «sociedad políticamente entendida», tanto en Quebec como en Canadá, están demasiado separadas la una de la otra; tanto, que incluso dificulta una comunicación mínima entre ambas, lo que imposibilitaría que cualquiera de los proyectos sociales presentados a elección sea suficientemente aceptado como para imponerse de una manera estable. A los nacionalistas se les acusa de no tener en cuenta los resultados económicos que puedan derivar de una secesión unilateral, se les cuestiona su limpieza con las propias minorías anglófonas e inmigrantes internas y, sobre todo, su política hacia la población amerindia. A los federalistas, la discriminación de los francófonos fuera de Quebec, las políticas culturales pancanadiensistas, y sobre todo, su poco «tacto» hacia la complejidad de Quebec, que se convierte en agresión cultural, consciente o inconsciente.

Tanto los unos como los otros se amparan en la historia para justificar sus posiciones, por lo tanto, todo trabajo histórico al respecto se convierte en una posición. Con este trabajo se pretende una síntesis de la historia de Quebec, marginando al resto de Canadá, en la que se analiza el largo camino de la «ideología» (¿o quizá fuese mejor «cultura»?) nacionalista quebequesa desde sus orígenes en el siglo XIX, hasta su situación actual. Se hace un mayor hincapié en los procesos y transformaciones sufridas por la misma desde 1945, como primer impacto de la mundialización (y más especialmente desde 1980-1981, como momento de inauguración del actual globalismo posmodernista). Quizá aquí reside la mayor originalidad de este caso histórico. El resurgir de los nacionalismos desde 1989 se ha considerado una reacción a la globalización; es más, muchos defienden su incompatibilidad con el propio progreso económico en unos momentos de libre cambio y búsqueda de formas supranacionales de mercado. Ese fue el argumento principal de 1995: el nacionalismo es antieconómico. La respuesta fue impecable: la modernización de Quebec, especialmente todo su avance desde 1960, fue desarrollada como programa de recons-

trucción nacional por parte de una burguesía liberal y unas clases medias emergentes que pasaron a reivindicar abiertamente la independencia en la década de los setenta. Desde entonces, Quebec se convirtió en el «problema» de Canadá.

No obstante el conflicto viene prácticamente desde 1760, el año de la conquista, y asumiendo una u otra forma, ha sido la base de toda la evolución histórica tanto de Canadá como de Quebec desde entonces. Una evolución conflictiva, sí; casi siempre contradictoria, pero por encima de todo paradójica, al menos desde la perspectiva de Quebec, que opone eso, sus paradojas, al «éxito» de Canadá.

La paradoja del colonizador colonizado

A día de hoy, todavía un 80% de la población de Quebec se caracteriza por hablar francés; de estos casi 7 millones de personas (en torno al 24 % de la población total de Canadá), una inmensa mayoría se consideran descendientes de los colonos franceses que se asentaron en la provincia de la *Nouvelle France* entre los siglos XVII y XVIII. Los hijos de los primeros colonos, tras los viajes exploratorios de Jacques Cartier (1534-1536, 1541-1542) y otros exploradores, en el valle del San Lorenzo.

Tras un periodo de fracasos y éxitos relativos, el desarrollo de la pesca y el comercio de pieles con los grupos indígenas, creó unos enclaves franceses estables en el valle del San Lorenzo, a la altura de 1650. Este centro constituiría un eje de atracción de población, especialmente campesinos pobres de la zona de Bretaña y Normandía. Las evoluciones de estos primeros años siguieron el patrón general de las colonias de población del Nuevo Mundo por lo que, por encima de cualquier otro aspecto, el comentario obligado es el que se refiere al impacto de estos asentamientos europeos entre los pueblos indígenas (2). La desaparición física y la huida hacia el oeste de estos grupos indígenas vació el valle, asegurando su control por los colonos franceses que en 1650 eran sólo 1.200 habitantes, pero en 1660 eran ya cerca de 2.700 (3). Una economía ar-

(2) De una población estimada, para el valle del San Lorenzo, de en torno a los 30.000 habitantes a finales del siglo XVI (ya afectada por epidemias previas), quedarían sólo unos 3.000 en 1640; A.D. McMillan, *Native Peoples and Cultures of Canada*, Toronto, D&M, 1995, pág. 71.

(3) Dickinson, J. y B. Young, *A short History of Quebec*, CCP, Toronto, 1993, pág. 21

ticulada, cada vez más, en torno a la colonización agrícola, pasaba a depender para su desarrollo de la expansión demográfica europea más que del intercambio con los grupos indígenas. De hecho, es probable que a la altura de 1660 ya hubiese más europeos que amerindios en el valle del San Lorenzo, si bien el número de colonos era relativamente bajo en comparación con las colonias inglesas del sur.

Este grupo de colonos franceses, cerca de 20.000 personas en 1715 y cerca de 67.000 en 1760, el año de la derrota frente a los ingleses, se vio envuelto en una guerra mundial que superaba sus posibilidades y en la que sus ejércitos fueron derrotados. Los habitantes de la Nueva Francia pasaron a ser súbditos británicos de la provincia de Quebec (constituida en 1763), tras tres años de gobierno militar. Los colonos pasaron a ser colonizados, viendo cómo perdían parte de sus derechos y cómo eran sustituidos por anglófonos en la nueva expansión hacia los Grandes Lagos. La nueva metrópoli dividió los territorios de la antigua Nueva Francia entre *Upper* (la zona de los Lagos) y *Lower Canada* (el valle laurentino) en 1791; el primero de los dos ya tenía una mayoría anglófona, mientras que en el segundo, unos 50.000 anglófonos convivían con cerca de 260.000 francófonos a la altura de 1815 (4).

Aunque resulta complejo explicar en toda su intensidad hasta qué niveles la conquista de 1760 supuso un trauma social, es importante resaltar la trascendencia de este hecho, pese a que muchos privilegios del periodo francés se mantuviesen. Si bien en un primer momento (1760-1774) se intentó una aculturación rápida y compulsiva, el inicio de la Revolución americana en las colonias del sur, y el decidido apoyo del clero a la causa realista, supuso una renegociación del pacto colonial en 1774: el sistema señorial se reimplantó hasta su abolición en 1854, y la legislación civil volvió a la tradición de París. Económicamente los años posteriores a 1760 fueron de expansión y consolidación de la nueva sociedad. Pero la britanización continuó viéndose como una amenaza, sobre todo con la llegada de realistas huidos de los nuevos Estados Unidos en la década de 1780 (5). La pequeña élite nobiliar francesa de la primera etapa colonial, había sido eliminada y sustituida por una nueva élite anglófona, urbana y enfocada a la expansión hacia el oeste, pero el resto de la pirámide social,

(4) *Ibid.*, págs. 70-72.

(5) Sólo entre 1782-83, cerca de 30.000 personas se evacuaron de Nueva York hacia Canadá; R. Douglas, ed., *Origins. Canadian History to Confederation*, Harcourt Brace, Montreal, 1996, pág. 70.

incluidas las estructuras eclesiásticas y las élites terratenientes, quedaban intactas. Quebec quedaba como base de la futura expansión hacia el oeste, al ser convertida en una economía principalmente agrícola en la que una mayoría de la población se consideraba colonizada por la nueva élite, aunque mantuviera una dependencia directa de sus *seigneurs* tradicionales: la Iglesia católica y una pequeña élite de propietarios de tierras que podría ser definida, a principios del siglo XIX, como burguesía rentista, asentada principalmente en Montreal y la ciudad de Quebec.

El debate sobre los efectos de la conquista sigue siendo hoy de trascendencia social y origen de enfrentamientos tanto académicos como políticos o familiares. Quizá el aspecto que mejor recoge esta dinámica de discusión sobre la Conquista sea el propio lema de Quebec, visible en todas las matrículas y oficinas del gobierno provincial: *je me souviens* (yo recuerdo), con su variante, un poco más agresiva, de *souviens toi* (acuérdate): «*Je me souviens* es un mito, en el sentido de haber ayudado a preparar un sentimiento de unidad y continuidad a un pueblo que necesitaba ese sentimiento si quería perdurar» (6).

Es el orgullo de haber resistido como identidad diferenciada gracias a una perseverancia en la idea de «continuidad» de lo quebequés, desde los tiempos de la Nueva Francia hasta hoy. Y si la lengua francesa es uno de los elementos de esta idea de comunidad, puede decirse, sin miedo a cometer ningún error, que el catolicismo fue el otro pilar básico de este nacionalismo hasta la década de los sesenta de este siglo (incluso más que la propia lengua). Si la conquista de 1760 es el origen del trauma social de los francocanadienses, la Rebelión de 1837 supondría el momento en el que éste se configuró como el problema de la entonces *Lower Canada*, ese hecho del que, junto con la conquista, todo quebequés debe acordarse.

La Rebelión de 1837 supuso el enfrentamiento de los propios francófonos en torno al modelo de sociedad que deseaban (7). Para entender la Rebelión hay que situarse en una sociedad en plena expansión tras las guerras napoleónicas y el conflicto anglo-norteamericano (1812-14), pero en la que el desarrollo de

(6) Sloan, T., *Quebec, the non-so-quiet Revolution*, Ryerson, Toronto, 1965, págs. vii-viii.

(7) La mejor obra para entender esta rebelión es la de A. Greer, *The Patriots and the People. The Rebellion of 1837 in rural Lower Canada*, UTP, Toronto, 1993. Para el tema del charivari y su importancia en el desencadenamiento de la rebelión, ver págs. 69-86.

las instituciones británicas chocaba con la aceptación de una población de tradiciones francesas. Al mismo tiempo, el liberalismo de la revolución de 1830 en París llegó a Quebec de manos de algunos exiliados. A la altura de 1832, motines, detenciones de reformistas y una epidemia de cólera elevaron la tensión social. La figura de Louis-Joseph Papineau, el líder político del Parti Patriote et Republicaine, comenzó a sobresalir y a ganarse a las masas populares urbanas. La victoria electoral de *les patriotes* en 1834, permitió la formación clandestina de una milicia: *les fils de la liberté*. El rechazo del gobierno colonial a aceptar las 92 resoluciones del Parlamento dominado por los patriotas llevó a estos a la rebelión abierta en el otoño de 1837.

Al mismo tiempo que ocurría esto, en *Upper Canada*, un movimiento sociopolítico de reivindicaciones cartistas, dirigido por William Lyon Mackenzie, inició una rebelión a fines de 1837. Tras su derrota y el exilio de Papineau a los EE.UU., un segundo levantamiento, en febrero de 1838, dirigido por Robert Nelson, declaró la república independiente de Quebec, antes de su definitiva derrota en julio del mismo año, quedando algunos residuos de resistencia hasta esas Navidades. La solución final fue la represión, que afectó a 1.356 personas en *Lower Canada* entre 1837 y 1839 (si bien las ejecuciones fueron la excepción, y la prisión la norma) (8).

Pero si las rebeliones fracasaron no fue tanto por la pericia militar británica, como por la aparición de un nuevo pacto colonial entre la jerarquía católica y los propietarios de tierras francófonos con la élite colonial británica. La Iglesia no aceptaba las propuestas de separación de Iglesia y Estado de los patriotas, y sabía que podía perder todas sus tierras si triunfaba la Rebelión, hija de la Revolución de 1789. Tras la victoria militar británica tanto en *Lower* como en *Upper Canada*, un nuevo pacto político era necesario. Tras un periodo de gobierno de un Consejo Especial, de carácter dictatorial, un nuevo marco político surge con la unión de Canadá en una provincia única en 1841. El informe de Lord Durham que sustentó el nuevo marco político, planteaba la necesidad de un funcionamiento democrático de las instituciones (pero en inglés) y una liberalización a todos los niveles con el ánimo de fomentar el crecimiento de la economía. La otra parte del pacto implicaba una devolución de favores a aquella parte de la élite francófona que ayudó a la metrópoli a mantener su do-

(8) En *Upper Canada*, los afectados por la represión para el mismo periodo fueron 1.031, si bien hubo más ejecuciones; R.L. Gentilcore, *Historical Atlas of Canada*, TUP, Toronto, 1993, vol. 2, lámina 23.

minio, la Iglesia y los terratenientes más conservadores: «La purga de 1837-1838, la democracia parlamentaria [de 1841], un nuevo sistema federal y la alianza de la jerarquía clerical y la burguesía francófona con los empresarios industriales [anglófonos] dejaron la provincia en las manos de los elementos conservadores, fuerzas que controlarían eficazmente Quebec hasta bien entrado el siglo XX» (9).

Lo que se pretende conseguir en estas líneas de rápido repaso histórico a Quebec, es llegar a presentar las bases del modelo de nacionalismo étnico, tradicionalista y católico que dominará la sociedad quebequesa durante las primeras décadas del siglo XX. Este modelo se establece como pacto entre las élites: a cambio de una cesión de la hegemonía económica a las élites anglófonas éstas, en retribución, aceptan no intervenir en la política provincial. Este pacto, que tiene su borrador en la Union Act de 1841, recibirá su corolario en 1867 con la Confederación canadiense (10). La Confederación supuso, por un lado, la independencia *de facto* de Gran Bretaña y la construcción del Estado canadiense y, por otro, el nuevo marco legal de una sociedad en proceso de industrialización, lo que supuso, a partir de la década de 1870, el desarrollo de una política nacional encaminada a crear un mercado común, por vía de una tarifa aduanera proteccionista establecida definitivamente en 1879 (11).

De hecho, el periodo que va de 1840 a 1870 es entendido por la historiografía actual como la transición al capitalismo en Quebec y Canadá, bien analizándolo desde la perspectiva del aumento del trabajo asalariado, como hace Allan Greer (12), o bien haciendo hincapié en las transformaciones de las técnicas de producción artesanales hacia las fabriles e industriales, como hace Joanne Burgess (13). La primera etapa de la industrialización de Quebec pasó por la integración de los distintos merca-

(9) Dickinson, J. y B. Young, *op. cit.*, pág. 189.

(10) Careless, J.M., *The Union of the Canadas, 1841-1857*, M&S, Toronto, 1967.

(11) Douglas, R., y D.B. Smith, eds., *Readings in Canadian History. Post-Confederation*, R&W, Toronto, 1986, pág. 44.

(12) Greer, A., «Wage Labour and the Transition to Capitalism: A Critique to Pentland», *Labour / Le Travail*, núm. 15, 1985, págs. 7-22.

(13) Burgess, J., «L'industrie de la chaussure à Montréal: 1840-1870. Le passage de l'artisanat à la fabrique», *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, vol. 31, núm. 2, 1977, págs. 187-210.

dos, gracias a la construcción de una red de comunicaciones pancanadiense. Al mismo tiempo, el desarrollo económico iniciado desde 1840 había alcanzado ya unas cotas de madurez como proceso social que permitió el desarrollo de una nueva cultura asalariada, popular y urbana, es decir, industrial. Hablar de la imposición del capitalismo es también hablar de las principales oposiciones a su expansión. Estas oposiciones vinieron de las clases populares, y no debe rechazarse la hipótesis de que parte del rechazo social hacia los patriotas de 1837 viniese, más que de la Iglesia o los ingleses, de comunidades rurales aisladas de las ciudades, compuestas de un campesinado estable y con tierras que no sólo no se unió a los patriotas, sino que los combatió.

Brian D. Palmer, en su análisis del origen y desarrollo de la clase trabajadora en Canadá, analiza el periodo que abarca de 1800 a 1850 como una fase paternalista y conservadora, caracterizada por sus elementos más preindustriales, con independencia de que comiencen a aparecer y asentarse los primeros elementos de una economía capitalista. A continuación, de 1850 a 1880, se daría la imposición del industrialismo económico, que generó procesos de proletarización y aumento de las tensiones sociales, basándose en la *National policy* que siguió a la Confederación. Aquí se institucionalizó el pacto entre capital y Estado, imponiendo una etapa de desarrollo industrial en muchas ocasiones desde arriba. Al mismo tiempo, la mecanización de los procesos productivos (excepto los agrícolas), se habría enfocado principalmente hacia el desarrollo de la industria pesada y la minería, y habría culminando con el gran ciclo de huelgas de la década de 1880. Dirigidas por los Caballeros del Trabajo (Knights of Labour), estas huelgas eran en cierto sentido necesarias para marcar una evolución en las clases asalariadas que, tras su fracaso, verán cómo con la década de 1890 se inaugura, en Canadá y Quebec, un nuevo tipo de sociedad caracterizada por el capitalismo monopolista, que incorpora nuevas formas de organización de la empresa (los orígenes del taylorismo), y que seguiría expandiéndose y evolucionando hasta una primera crisis en 1917-1919, y su colapso en 1929 (14).

Las huelgas de los años 1880, afectaron poco a Quebec en comparación con Ontario o las provincias atlánticas: los Knights of Labour fueron una organización de tipo «logia», principalmente anglófona y con base en los EE.UU., condenada por la Iglesia. Aunque la actividad huelguística también se dio

(14) Palmer, B.D., *Working Class Experience. Rethinking the History of Canadian Labour, 1800-1991*, M&S, Toronto, 1992.

en Montreal, su escala fue menor, y aunque sí hubo una expansión sindical, ésta fue cooptada por la Iglesia y los primeros sindicatos católicos. El nuevo pacto entre las élites quebequesas, que daba un cierto monopolio social a la Iglesia, funcionó, y de esta estabilidad del sistema vendría una hegemonía económica de Montreal como centro del resto de Canadá.

Poco a poco, el colonizador colonizado va a constituirse en el campesino o proletario que sostiene un nuevo modelo económico industrialista y en proceso de monopolización. Pero si la modernización económica es clara y contundente en la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad que de ella salga a principios del siglo XX sigue siendo tradicionalista en cuanto a que hace del catolicismo y el conservadurismo los dos pilares de contención social. De hecho, la que va desde 1890 a 1930 en Quebec será su etapa clásica: verá madurar su primer nacionalismo político moderno, conservador y católico. Estos grupos nacionalistas monopolizarían el poder social en la provincia, pero cohabitarían con una élite anglófona en lo político, y verían como casi todo el poder económico del nuevo industrialismo se mantenía en manos inglesas o, cuando menos, funcionaba en inglés (la bolsa de Montreal, su consulado financiero, etcétera). Es la etapa dorada de Montreal, compitiendo con Nueva York por la hegemonía en el comercio Atlántico. Pero, ¿cómo funcionaba exactamente esta estructura?

La paradoja del industrialismo tradicionalista

El nuevo pacto entre las clases socialmente dominantes buscó mantener el *statu quo* imperante a partir de la construcción de un modelo de la sociedad de Quebec: agrarismo, catolicismo y ascendencia francesa se convirtieron en la base de un ideal con el que se identificaba una inmensa mayoría de la población, y que sustentaba una realidad social jerarquizada en la que una élite bicéfala y bilingüe se repartía el poder por encima de unas clases medias y populares divididas por etnicidad, lengua y religión, en medio de una sociedad en la que el capitalismo monopolista era ya la base.

Independientemente de los equilibrios sociales entre anglófonos y francófonos, el conflicto entre ambos grupos perduraba en lo cotidiano. Por ejemplo, en 1877, y en circunstancias extrañas, ardió la iglesia del monasterio sulpiciano de Oka (en la orilla oeste del San Lorenzo a la altura de la isla de Montreal). Los monjes, francófonos, acusaron a los indígenas mohawk de Kannessataki, anglófonos y protestantes (tras su conversión en masa, como protesta a sus *seigneurs*, los monjes, en 1866)

(15). Tras una disputa en la prensa montrealés y distintas campañas de grupos religiosos protestantes y anglófonos en apoyo de los mohawks, se desarrollaron seis juicios entre 1879 y 1885. El resultado de los cinco primeros, con jurados francófonos o mixtos, fue condenatorio; el último y definitivo, con un jurado enteramente anglófono, liberó a los mohawks por falta de pruebas (16). Situaciones como ésta fueron entendidas como un ataque a lo francés en Canadá, una sensación que creció hasta ser casi una paranoia colectiva con la ejecución de Louis Riel, líder de una rebelión mestiza en Saskatchewan en 1885 (después de haber encabezado otra en Manitoba en la década de 1870), quien fue calificado de bandido y loco por el Canadá inglés, pero mitificado como el último patriota por el francés (17). Su ejecución supuso un aumento de la sensación de discriminación y persecución política de los francocanadienses, que en Quebec asumieron una postura política de nacionalismo proteccionista, que, a nivel federal, les llevó a votar al partido liberal (presidido por un francófono), al primar la etnicidad por encima de la ideología como opción electoral.

Y si esto era así en Quebec, las minorías francófonas fuera de la provincia se sentían aún más claramente discriminadas. Tras la ejecución de Riel, una serie de provincias iniciaron políticas de aculturación sobre sus minorías francófonas: en 1911 Ontario eliminó el francés de su sistema escolar (pese a que en algunos condados lindantes con Quebec la «minoría» francófona era el 70% de la población en el censo de 1901) (18). Estas agresiones a lo francófono fuera de Quebec incrementaron el propio nacionalismo quebequés: la defensa de la lengua, la religión, la cultura y la «nación» francesas en Canadá pasaban por el reforzamiento de Quebec como entidad. Para hacer real esta pretensión era necesario presentar y aplicar un programa social. Este programa social se basaba en la asunción del catolicismo como base de la identidad francocanadiense, lo que incluso llegó a impedir la asimilación de otras minorías católicas, como la irlandesa, en las comunidades quebequesas. No es pues de extrañar que el nacionalismo quebequés se centrara en un tipo de

(15) Boileau, G., *Le silence des Messieurs, Oka, terre indienne*, Méridien, Montréal, 1991.

(16) Hassard, A.R., *Famous Canadian Trials*, The Carswell Co., Toronto, 1924.

(17) Douglas y Smith, eds., *op. cit.*, págs. 81-103.

(18) Gaffield C., *Language, Schooling, and Cultural Conflict: The Origins of the French Language Controversy in Ontario*, McGill-Queens University Press, Kingston-Montreal, 1987, págs. 29 y ss.

ideal, católico y conservador, como base de su identidad. Uno de estos nacionalistas, Tardivel, dijo en 1890: «Debería ser obvio, para todo el que lo piense, que la raza francesa en América nunca tendrá influencia real si no está sólidamente asentada en la provincia de Quebec como en un fortín. Debemos desarrollarnos y fortalecernos aquí, bajo la protección de la Iglesia, la cual cuida de nuestros orígenes y cuyas magníficas instituciones son todavía hoy nuestra mayor fortaleza» (19).

Los peligros de los que debía defenderse esta fortaleza, eran varios: tanto la élite y minorías angloirlandesas, como los numerosos inmigrantes que llegaban de Europa y que, ante su necesidad de encontrar un trabajo, aprendían inglés (que en caso de fracasar en Quebec les permitía moverse al resto de Canadá, o a los EE.UU.). Pero por encima de todos, el mayor de los peligros era la propia aculturación de los francocanadienses: desde finales del siglo XIX, la agricultura comenzó a expulsar población del valle del San Lorenzo que huía a Montreal, los centros industriales de los Grandes Lagos (a ambos lados de la frontera) o a Nueva York; esta población acababa aculturándose en medios anglófonos. Para los nacionalistas, estos hombres renunciaban a su sagrado compromiso de ser los portadores de la catolicidad francesa en América; pero en un mundo en transformación, estos movimientos eran inevitables. En su estudio de la migración rural en Quebec, Bruno Ramírez nos descubre que, en un condado rural del centro del valle laurentino (Saint Cuthbert) entre 1845 y 1900 sólo un 20% de los allí nacidos se casaron en el propio condado; un 29% lo hacían en otros condados de Quebec; un 17% en Montreal y un 32% fuera de Québec (un 21% en Rhode Island, EE.UU.) (20). Esto puede explicar parte de la evolución del nacionalismo franco-canadiense, que desaparece a finales del siglo XIX para convertirse en un nacionalismo quebequés: los francófonos que vivían fuera de Quebec se sintieron abandonados y comenzaron a ser rápidamente aculturados, mientras que en Quebec se refugiaban en un tradicionalismo cada vez más exclusivista y con retóricas agraristas; Quebec se convertía a principios del siglo XX en ese fortín francófono que había reclamado Tardivel.

Bajo estos preceptos Henri Bourassa, sobrino nieto de Papi-neau, fundó en 1910 el periódico *Le Devoir*, centro de este nuevo nacionalismo clásico que se definía, por encima de todo, por su catolicismo. La nueva intelectualidad articulada en torno

(19) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 246.

(20) Ramírez, B., *On the move. French-Canadian and Italian Migrants in the North Atlantic Economy*, M&S, Toronto, 1991, pág. 35.

a este periódico, desarrolló una nueva visión de las élites francófonas de Quebec que, manteniendo el pacto de cesión del control industrial a los anglófonos, asumieron un nuevo monopolio político a nivel provincial: los conservadores católicos monopolizaban las cúpulas de los partidos; a nivel sindical, desde 1921 la *Confédération des Travailleurs Catholiques du Canada* (CTCC) controlaba a la mayoría de los sindicatos de Quebec. Estas estructuras político-sindicales católicas, contaban, además, con el apoyo de las *Caisses Populaires*, fundadas desde 1901 por A. Desjardins, como una cooperativa bancaria para pequeños ahorradores. Esta conexión entre instituciones financieras, sindicatos, profesionales liberales y políticos locales de ideología católica y conservadora fue cuajando en una forma de entender el problema de Quebec en Canadá como un problema de soberanía e identidad.

Pero la estabilidad social se mantuvo hasta la Primera Guerra Mundial y la crisis del reclutamiento. Cuando en 1914, como dominio británico, Canadá entró en la guerra, el tema del reclutamiento abrió el debate nacional en Quebec. Ya durante las guerras Boer (1899-1902), los francocanadienses se negaron a participar como soldados del Imperio Británico. Durante la Primera Guerra Mundial, el problema se repitió con mayor intensidad. En un principio, el ejército era voluntario, y la negativa de los quebequeses a participar en un ejército «británico» se reflejó en el bajo número de voluntarios. El conflicto estalló en 1917 cuando el gobierno de Ottawa aprobó una leva de 100.000 hombres: en junio hubo motines en todo Quebec, y un 40 % de los reclutas francófonos no se presentó a filas (21). Cada vez más, los francocanadienses se concentraban en Quebec no ya como su fortín en Canadá, sino como su bunker, un nacionalismo defensivo que tuvo con la conscripción uno de sus momentos culminantes (22).

La primera posguerra sería de relativa tranquilidad en medio de una expansión económica que benefició a todos: de cerca de 1.360.000 habitantes en 1881, se pasaba a 2.875.000 en 1931, de los que un 80% seguía siendo francófono (para los nacionalistas, el problema es que se pasaba del 31,4% al 27,7% del total de Canadá); la tasa de urbanización pasaba del 36,1% en 1901 al 63,1% en 1931, mientras que la sociedad de masas y consumo comenzaba a imponerse (23). Pero durante los años

(21) Dickinson y Young, *op. cit.*, págs. 244-245.

(22) Douglas y Smith, eds., *op. cit.*, págs. 337-375.

(23) Dickinson y Young, *op. cit.*, págs. 199-200.

treinta, y en un contexto de crisis del modelo económico que haría del desempleo un problema por primera vez en su historia (Canadá perdió un 30% de su PIB, y llegó a un 25% de desempleo entre 1929-1932) (24), este nacionalismo se expandiría y radicalizaría, llegando a alcanzar en algunos momentos tintes pseudo-fascistas (25). Y fue en medio de esta crisis económica cuando el nacionalismo clásico de Quebec se encarnó en el que iba a ser su cenit y su final: Maurice Duplessis, *le Chef*.

En 1933, un movimiento basado en los sindicatos católicos y en las ya muy fortalecidas Caisses (800 nuevas sucursales se abrieron entre 1934 y 1945) (26), presentó su *Programme de restauration sociale*, a modo de manifiesto regeneracionista. Este movimiento se plasmó políticamente en el movimiento Action Libérale Nationale (ALN), que se presentó a las elecciones de 1935 en coalición con el partido conservador (presidido por Duplessis) con el nombre de Unión Nationale (UN). Pese a las primeras intenciones, tras el buen resultado electoral de 1935, el líder conservador inició una serie de movimientos que acabaron en 1936 con la expulsión de los líderes de la ALN: Duplessis monopolizó así la UN, despojándola de sus aspectos más progresistas, y asumiendo una postura populista de ideología nacionalista, conservadora y católica, con la que, tras forzar unas nuevas elecciones, llegó a ser elegido primer ministro de Quebec: «Duplessis prometió combatir el nepotismo, el patronazgo y la corrupción, y llegó a convertirse en un experto en el uso de la retórica anti-trust sin hacer ninguna propuesta específica (...). Una vez en el poder, demostró ser un amigo tan bueno de las empresas —extranjeras y libres— como cualquier empresario pudiese desear» (27).

Su política agrarista modernizó el sistema de granjas familiares. Éstas eran la base de sus clientelas políticas, en un sistema electoral que favorecía el peso político de las áreas rurales, pese a que el porcentaje de fuerza de trabajo dedicada a la agricul-

(24) Palmer, *op. cit.*, pág. 219.

(25) Un ejemplo de esto fueron los progromos protagonizados por francófonos y tolerados por los anglófonos, habituales como válvula de escape de todas las tensiones generadas por la crisis económica, como comenta E. Delisle en *Le Traître et le Juif: Lionel Groulx, Le Devoir, et le délire du nationalisme d'extrême droite dans la province de Québec 1929-1939*, Outremont, L'Étincelle, 1992.

(26) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 269.

(27) Finaly, J.L., *The Structure of Canadian History*, Nelson Canada, Scarborough, 1990, págs. 383-87.

tura había pasado de un 45,55% en 1891 a un 19,3% en 1941 (28). Este proyecto político rural (electrificación, construcción de escuelas e infraestructuras...), se complementó con una política represiva hacia otros sectores sociales. Tras las leyes para la represión del comunismo (Padlock Act, 1937), se controló por extensión a sindicatos no católicos, minorías religiosas (judíos, testigos de Jehová...), intelectuales opositores, etcétera. Sus primeros cuatro años de gobierno no sólo no acabaron con la corrupción y el clientelismo, sino que los aumentaron. En cuanto estalló la guerra, él mismo convocó unas elecciones que perdió ante la amenaza del primer ministro canadiense, Mackenzie King, de dimitir si Duplessis era reelegido (el tema del reclutamiento volvía a estar de fondo). No obstante, una vez que la tensión bélica se relajó, volvió a presidir la provincia desde 1944 hasta su muerte en 1959 con ininterrumpidos gobiernos de la UN.

Paradójicamente, los cuatro años que Duplessis se ausentó del poder fueron la base de posteriores cambios sociales que acabarían por desbordar el sistema político creado por la UN, si bien sólo después de la muerte de *le Chef*. En un solo año, 1940, ocurrieron una serie de hechos que a la postre serían trascendentales para entender, más allá del cambio social, el cambio cultural en Quebec. Ese año, el gobierno liberal de Godbout concedió el voto a las mujeres a nivel provincial y municipal (el de las elecciones federales lo tenían desde 1918) y, ante la caída de Francia, eliminó la censura eclesiástica sobre las publicaciones en francés (vigente desde 1613) para que las editoriales europeas pudiesen continuar publicando en Montreal. Además, Godbout cedió el control de la economía provincial a Ottawa para colaborar con el esfuerzo de guerra. Esto supuso que legislaciones progresistas, que nunca antes fueron aplicadas en Quebec por el conservadurismo de sus gobiernos (como la escolarización obligatoria con libre elección de la religión, el programa de créditos familiares, o la centralización de las empresas hidráulicas en un único trust, Hidro-Quebec), entrasen en funcionamiento entre 1943 y 1944.

Pero todas estas políticas reactivaron el nacionalismo quebequés, que volvió a plantear el problema del reclutamiento y forzó un referéndum nacional en 1942: el 72% de los quebequeses (incluidas las mujeres) votaron «no», el resto de las provincias votó 79% «sí» (29). La ley fue aplicada pese al claro rechazo de Quebec, y esto explica aún más la hegemonía política

(28) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 209.

(29) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 283.

del nacionalismo de Duplessis en la posguerra: él lideró la campaña del «no», y rentabilizó los resultados de 1942 en 1944, cuando obtuvo una aplastante mayoría sobre un gobierno progresista, que no había sabido leer la compleja realidad del nacionalismo quebequés.

Pero entre 1940 y 1944 se produjo una modernización social importante: la incorporación de la mujer al mundo laboral y la aplicación de las primeras políticas keynesianas a escala nacional por parte de Ottawa, fueron la base de estas transformaciones. Acabada la guerra, las oleadas de inmigración durante los cuarenta y los cincuenta, junto con los comienzos de la sociedad consumista de posguerra, continuaron provocando una modernización social subyacente, que no fue entendida por el estancado modelo político, que se mantenía gracias a su dominio clientelar sobre las áreas rurales. Esta «modernización subyacente» de esa sociedad conservadora y a la defensiva, hizo inevitable la readaptación de las instituciones sociales, políticas y económicas. Es más, la propia burguesía francofona y la Iglesia fueron el motor de la transformación, hasta que la aparición un nuevo nacionalismo, más economicista, modernizador y combativo, cambiase totalmente el enfoque del problema de Quebec. De hecho, lo único que mantenía en pie ese otro nacionalismo conservador, cada vez más anacrónico, era la red de clientelas personales entretejidas en torno a Duplessis.

Los años que se mantuvo en el poder desde 1944 a 1959, fueron una vuelta al modelo que había establecido anteriormente: una política económica de libre mercado que hizo de Quebec una sucursal financiera de los EE.UU., aislada de los planes de intervención social de los programas federales. Su política de represión sindical, la Padlock Act, perduró hasta que en 1957 fue declarada inconstitucional por el Tribunal Supremo; no obstante, desde 1954 ya había una nueva ley contra el comunismo y el sindicalismo radical, que de paso retiraba el derecho a la huelga de los funcionarios. Esto permitía, junto con una baja tasa de impuestos, atraer las inversiones que, a la postre, eran la base de la modernización de la propia sociedad (30). Por otro lado, su estrategia nacionalista de no aceptación de dinero público de Ottawa, privó a Quebec de un desarrollo de su sector público, llegando a los extremos de no permitir a las universidades aceptar subvenciones federales, unos fondos que el resto de las universidades canadienses disfrutaron desde 1951, y que no llegaron a Quebec hasta 1960 (31).

(30) Finlay, *op. cit.*, pág. 453.

(31) Bothwell y otros, *op. cit.*, pág. 220.

Pero los seis años que siguieron a la muerte de Duplessis en 1959 serían los responsables de esta adaptación a la nueva sociedad de la opulencia y el consumo. Un sistema político y unos controles sociales tradicionales se superponían a una sociedad transformada y en proceso de avance, provocando un desfase que distorsionaba la propia realidad social que reclamaba una transformación. Al igual que el resto de la sociedad, la Iglesia llevaba tiempo cambiando; es más, los años de Duplessis vieron como éste, en un ansia de aumentar su control social, sustituía a la Iglesia y se enfrentaba a ella, aunque, en público su política y su propaganda fuesen católicas: «Duplessis, no la Iglesia, controlaba la parte de león de los fondos para educación, servicios sociales y salud, y repartió los dineros públicos bastante cínicamente» (32). La Iglesia comenzó a separarse de *le Chef* a fines de los cuarenta y, especialmente, desde 1953, cuando el Arzobispo de Montreal, cardenal Léger, comenzó un giro progresista. Tras la muerte de Pío XII, el progresismo se extendió por el mundo católico con la encíclica *Mater et magistra* (1961), en petición de justicia social, y sobre todo con el Concilio Vaticano II (1962-65). La Iglesia de Quebec fue una de las primeras instituciones en readaptarse: en 1969 llegaron a no publicitar la encíclica *Humanae vitae*, por considerar que las mujeres tenían derecho a elegir el número de hijos, y lo hicieron (la tasa de natalidad de 1971 era la mitad que la de 1957, y Quebec pasó de tener la tasa más alta de todo Canadá en 1945, a la más baja en 1980) (33). En los sesenta y los setenta la Iglesia católica, además, estuvo envuelta en la mayoría de los movimientos en demanda de justicia social. Su propio *aggiornamento* fue la base de otras muchas evoluciones sociales a las que tradicionalmente se había opuesto, y que ahora permitía (el uso de anticonceptivos) y hasta potenciaba (la construcción de un Estado del bienestar que asumiese sus obligaciones sociales y liberase a la Iglesia de las mismas).

Pero si esta pudo ser la oposición más significativa a la era Duplessis, no fue la más fuerte: parte del clero más tradicional, y especialmente el rural, seguía siendo socialmente conservador y se mantenían dentro del sistema político. La oposición más importante fue la ejercida por los sindicatos y los intelectuales. Los sindicatos, independientemente de que fuesen izquierdistas, católicos o nacionalistas, se opusieron desde un principio y con fuerza a Duplessis. El ideal rural, que a la postre estaba discriminando a los trabajadores industriales, tanto

(32) Finkel, A., *Our Lives. Canada after 1945*, Lorimier, Toronto, 1997, pág. 83

(33) *Ibid.*, págs. 181-82.

política como socialmente, no era aceptado, y las políticas represivas, obviamente tampoco. El movimiento sindical de Quebec pedía una expansión del Estado del bienestar; la absoluta eliminación de la Padlock Act y sus restos, el derecho a la huelga y a la sindicación sin restricciones, etcétera. Obviamente, su oposición a Duplessis fue permanente, y el enfrentamiento más fuerte se dio en 1949, en un ciclo de huelgas en el que consiguieron el apoyo del mismo arzobispo Chaboneau contra la patronal y Duplessis (34).

Pero la ideología del nuevo nacionalismo no iba a salir de la Iglesia progresista, ni de la clase trabajadora (si bien tuvieron su peso e importancia), sino de la intelectualidad liberal francófona. Esa burguesía que participó en la construcción del modelo Duplessis, pero que desde el interregno de 1940-1944 pedía reformas, en la búsqueda de una renovación social. Así, ese nacionalismo clásico tenía su base, entre otros, en la lectura de la historia hecha por L. Groulx, sacerdote católico y fundador de la primera cátedra de historia de Quebec, en la Universidad de Montreal, en 1925. Groulx representa visión de Quebec como unidad de destino en el catolicismo francófono (35). El corolario de esta larga tradición nacionalista llegó con la Comisión Tremblay en 1954: «Los francocanadienses pertenecen casi todos a la fe católica (...) son el único grupo cuyo particularismo religioso y cultural coinciden de forma casi exacta. (...) el ambiente étnico debería ser homogéneo; y esta homogeneidad consistiría en unidad cultural y lingual (*sic.*), organizada siguiendo el espíritu de la cultura nacional de las funciones principales, ya sean económicas, sociales o políticas, de la vida colectiva» (36).

El nuevo nacionalismo busca huir de esas visiones. Comenzó a surgir en torno a los intelectuales que rechazaban el catolicismo como principio de la sociedad de Quebec, e incluso acusaban a éste de su tradicional alianza con los ingleses a cambio de unas prerrogativas que no habían impedido la decadencia de Quebec dentro de Canadá: Montreal hacía décadas que ya no era la ciudad más importante del Estado, y su segunda plaza tras Toronto peligraba por el desarrollo al oeste de Calgary y Vancouver. Esta sensación empujó a la búsqueda de un nuevo na-

(34) Finlay, *op. cit.*, pág. 451.

(35) Rudin, R., *Making History in twentieth Century Quebec*. UTP, Toronto, 1997, pág. 49.

(36) Tremblay, A., *Report of the Royal Commission of Inquiry on Constitutional Problems*. M&S, Toronto, 1973, págs. 6 y 19.

cionalismo, progresista, laico e interesado en los procesos de descolonización contemporáneos.

Pero antes de comenzar la construcción del nuevo nacionalismo había que desmontar las estructuras tradicionales que perduraban con fuerza en Quebec. Ese fue el mérito de la «Revolución tranquila», permitir la transición al Quebec «sociedad postindustrial», pero aún francófona, que es hoy. La hegemonía cultural de la Iglesia fue atacada desde el colectivo Cité Libre de Montreal durante los años cincuenta y sesenta. Allí se formaron los nuevos liberales: René Levesque (líder durante las huelgas del 1949), F. Dumont, P. E. Trudeau o G. Pelletier, quien dijo en referencia a la década de los cincuenta: «Nuestra generación se había dado cuenta de que la comunidad de Quebec estaba atrás en el tiempo, y que debía ser puesta al día sin demora, acelerando el proceso que la guerra había iniciado. Pero Duplessis y sus coristas se apoyaron fuerte, y con todo su peso, sobre todo posible freno» (37).

La paradoja de una revolución tranquila

Los sesenta y los primeros setenta fueron años de prosperidad económica tanto para Quebec como para Canadá, al tiempo que también los del regreso a un fuerte ritmo de crecimiento económico tras una pequeña etapa de crisis coyuntural iniciada en 1957, que duró el final de los cincuenta. Este contexto de crecimiento es básico para entender los distintos procesos que van a servir a la sociedad de Quebec como catalizador de su transición al nuevo mundo de los que serían los años ochenta. Los procesos de modernización social desarrollados desde mediados del siglo XIX, y muy especialmente tras 1945, provocaban que a la altura de 1960 «la gran mayoría de los habitantes de Quebec debía su sustento a la sociedad industrial. La vida urbana, con sus promesas de mejor educación, anonimato social, movilidad ocupacional y, para muchos, un nivel de vida más elevado, suplantó finalmente el ideal rural» (38).

Es más, ese nacionalismo tradicional, y todo lo que representaba, era entendido por una gran parte de la burguesía y las clases subalternas francófonas como un freno a las potencialidades de la nueva sociedad que se pretendía construir. Él era respon-

(37) Pelletier, G., *Years of Impatience, 1950-1960*, Methuen, Toronto, 1984, pág. 35.

(38) Behiels, M.D., *Prelude to Quiet Revolution: Liberalism versus Neoliberalism*, McGill-Queen's UP, Montreal, 1985, pág. 11.

sable del desfase y los desequilibrios sociales que se estaban haciendo evidentes en aquellos momentos y para los que se presentaba la crisis económica de 1957 como un ejemplo, dado que se acompañó de un nuevo ciclo de huelgas (39).

El nuevo gobierno liberal elegido en Quebec en 1960, muy especialmente desde 1962, buscó ahondar los procesos de expansión económica y de modernización social, a través de un cambio en las direcciones generales de la política social y económica de la provincia. Por todo ello, los años que van de 1960 a 1965 fueron los de un «amplísimo consenso en torno a los objetivos principales de la Revolución tranquila» (40). Pero, ¿cuál es el auténtico significado de esta Revolución tranquila?

El consenso en torno a esta categoría histórica es casi unánime, y se presenta como un proceso social, dirigido por una nueva clase media emergente, para conseguir el *rattrapage* (en su sentido de recuperación de un retraso) de Quebec en su intento de conseguir un nuevo ideal de sociedad industrial, dentro o fuera de Canadá. Al desarrollarse en un periodo previo a la crisis del keynesianismo económico, los nuevos procesos políticos partieron de un incremento del papel del Estado. Se quería llegar a alcanzar una sociedad del bienestar controlada a nivel provincial en lugar de federal, a través del control público de las estructuras económicas clave. Como símbolo y ejemplo de este proceso, la nacionalización de la electricidad y de la empresa que la monopolizaba, Hydro-Québec, supuso en 1962 el control por parte del Estado de los recursos energéticos de la provincia. Los procesos de estimulación económica generados por este nuevo intervencionismo, permitieron un acelerado crecimiento económico durante esos años. No obstante, no pudieron evitar la derrota de los liberales en 1966, ni la vuelta a la recesión económica en 1971, con el posterior agravamiento de la misma durante la crisis del petróleo en 1973 (muy grave en Canadá hasta 1975).

Pero para Quebec, los años sesenta y setenta deben ser considerados como de prosperidad general. Sobre todo en comparación con los ochenta, que se iniciaron con una fuerte crisis económica que le afectó más que al resto de Canadá. En un nuevo contexto mundial, en el que el keynesianismo por el que se apostó en los sesenta tuvo que reorientarse hacia la aplicación

(39) Así, si en 1947 se habían perdido 236.733 días de huelgas, fueron 853.936 en 1952 y 725.401 en 1957; Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 278.

(40) Linteau, P-A, ed., *Quebec since 1930*, L&Co., Toronto, 1991, pág. 495.

de políticas neoliberales, tanto por parte de los gobiernos nacionalistas del Parti Québécois (PQ, teóricamente socialdemócratas), o de los liberales. Un indicador interesante es el porcentaje de inversión extranjera en Quebec, en claro aumento desde 1960 salvo para el periodo que va de 1975 a 1982 (un periodo de gobierno nacionalista y crisis constitucional), especialmente desde mediados de los ochenta. Este proceso de control económico por parte de capital extranjero (principalmente estadounidense) se agravó por la expulsión de capital canadiense de los EE.UU. durante las presidencias de Reagan. Ambos procesos se conjugaron y agravaron a partir de la entrada en vigor del Acuerdo de Libre Comercio entre ambos países, en 1988 (41).

Pero para entender en su contexto los procesos de imposición del nacionalismo neoliberal en Quebec en los años ochenta, debemos regresar a los sesenta y al incremento del papel económico del Estado. Los años de gobierno liberal vieron cómo, desde prácticamente ninguna en 1959, el gobierno provincial pasaba a controlar un tercio de las empresas de Quebec en 1964; se reformaba y secularizaba definitivamente el sistema educativo, al igual que el sistema impositivo; se incrementaba el nivel de vida de los francófonos recortando las distancias con los anglófonos, y se creaban nuevas instituciones financieras públicas y francófonas (el Conseil d'Orientation Economique y la Société Générale de Financement) (42). Aparte de estas políticas de desarrollo de la intervención del Estado en la economía, se liberalizaron las leyes laborales asegurándose el derecho a la sindicación y la huelga de todos los trabajadores, incluidos los funcionarios (con el nuevo Código laboral de 1964). Los servicios sociales también pasaron a control provincial, con proyectos de construcción de vivienda social, un generoso subsidio de desempleo, etcétera, mientras se subvencionaban numerosos proyectos de desarrollo cultural. Todos estos cambios, llevados a cabo con una rapidez increíble, transformaron el panorama político y social de la provincia, pero desgastaron al gobierno (impopular por sus aumentos de impuestos).

Estos años fueron también los del definitivo asentamiento de una sociedad urbana en la cual las economías de servicios y consumo se desarrollaban rápidamente, en un contexto de pleno empleo (4,1% de desempleo en 1966): si, en 1961 el sec-

(41) El capital extranjero había sido así un 69% de las inversiones privadas en 1975, un 43% en 1982, y siempre más del 70% desde 1988, según Linteau, *op. cit.*, págs. 320 y ss.

(42) Finlay, *op. cit.*, págs. 454-57.

tor primario suponía un 12,4% de la fuerza laboral, el secundario un 35,9% y el terciario un 51,7%; en 1966 estos porcentajes eran 8,3%, 34,9% y 56,8%; mientras que en 1971 eran 6,4%, 31,7% y 61,9%, respectivamente (43). La secularización de la sociedad también fue un fenómeno rápido e importante: si en 1946 hubo 2.000 nuevos sacerdotes en Quebec, en 1970 fueron sólo 100 (44).

Pero, incluso durante estos años de expansión en los que Quebec, como sociedad francófona, buscaba recuperar un «retraso histórico» frente a las provincias anglófonas del oeste y frente a su propia minoría anglófona interna, no se pudo evitar la huida de población y de capital anglófono hacia la vecina provincia de Ontario y hacia el Canadá pacífico. El capital y los negocios se desplazaban claramente hacia el oeste. Cada acontecimiento político o social que se mostraba como una reivindicación del nacionalismo quebequés, era (y es) respondida con una huida de capitales, como ocurrió en 1970 con la crisis de octubre, en 1976 con la victoria electoral del PQ, o con los referendos de autodeterminación de 1980 y 1995. El rechazo inicial de Quebec a la Constitución de 1982 aisló aún más a la única provincia que se autoexcluyó del nuevo marco político.

La complejidad de estos procesos obliga a explicar un poco más el contexto en el que se desarrollaron y a presentar un modelo explicativo de los mismos. Los cambios fueron muy rápidos y relativamente profundos, aunque siguiendo esas líneas generales de evolución histórica de la sociedad de Quebec que hemos tratado de presentar con anterioridad. Se buscaba alcanzar un equilibrio entre las direcciones sociales subyacentes y la reestructuración de las instituciones y las políticas socioeconómicas, en curso en aquellos momentos. Quizá el más espectacular de estos cambios fue la sustitución por desplazamiento de las élites económicas de la provincia. Por primera vez desde la conquista, la élite francófona iba a recuperar su hegemonía política y económica a nivel provincial. Si el control social había sido ejercido hasta los sesenta por el nacionalismo tradicional, las nuevas clases medias emergentes y la burguesía laica francófona (intelectuales, empresarios, sindicalistas, etcétera), estaban desarrollando un nuevo nacionalismo más agresivo y politizado que buscaba imponerse como nuevo modelo de desarrollo socioeconómico. Aunque «en 1972 la élite económica aún era

(43) Dickinson y Young, *op. cit.*, págs. 300-303.

(44) Monière D., *Le Développement des idéologies au Québec*. Québec/Amérique, Montreal, 1977, pág. 257.

desmesuradamente anglófona» (45), la victoria electoral del PQ en 1976 y sus políticas de quebequización iban a transformar el panorama: si en 1961 los francófonos controlaban un 47% de la producción provincial, éste se convirtió en un 60% en 1986. De hecho, puede decirse junto con Gagnon que «el efecto de la Revolución tranquila fue el de nutrir una clase capitalista quebequesa, la cual, mayoritariamente, ha llegado a integrarse con otros sectores del capitalismo canadiense y continental» (46). En este sentido, la nueva política lingüística que, desde la Bill 101 de 1977, hacía prioritario el francés en la educación y administración de Quebec, iba a ser el detonante de una crisis política, a nivel estatal, que sigue abierta hasta hoy. No obstante, estas mismas políticas son las que explican gran parte de la huida de capitales anglófonos hacia Ontario y la Columbia Británica. Durante gran parte de los setenta, y hasta hoy.

El divorcio social entre la élite económica anglófona y la élite política francófona explica la tensión social liberada durante esos años, al mismo tiempo que la huida «física» de cerca de 200.000 anglófonos, que abandonaron Quebec entre 1971 y 1986 (47).

Pero antes de ver los procesos por los que este neonacionalismo quebequés llegó a imponerse, es preciso detenerse un poco más en los años posteriores a la Revolución tranquila y ver los efectos a corto plazo de la misma. De hecho, al igual que en el resto del mundo occidental, estos fueron años de revolución sexual y cultural, de protesta y progresismo. Preocupados por la revolución en sus más diversas vertientes, estos nuevos activistas, en un proceso de crecimiento en el que el contexto social, la moda y el mayor o menor compromiso político interactuaban con una crisis generacional, fruto del impacto de esa modernización subyacente que intentaba salir a la luz, movilizaron la sociedad quebequesa. Los mayores frutos de estos movimientos se dieron en una especie de renacimiento cultural de lo *québécoise*, suponiendo unos años de redefinición de la cultura tradicional, entendida ahora como algo pasado, como folklore, que supondría un nuevo argumento para el nuevo nacionalismo en formación (48). Lo importante de estos años es la

(45) Linteau, *op. cit.*, pág. 143.

(46) Gagnon, *op. cit.*, pág. 68.

(47) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 298.

(48) Handler, R., *Nationalism and the Politics of Culture in Quebec*, WUP, Wisconsin, 1988, especialmente su capítulo «In Search of the Folk Society: Folk Life, Folklore Studies, and the Creation of Tradition», págs. 52-80.

ruptura que supusieron con lo anterior: una sociedad católica y tradicional, como seguía siendo Quebec en 1959, vio como en 1964 se estableció la igualdad legal de los esposos dentro del matrimonio, en 1968 se aprobó una nueva legislación que facilitaba y legalizaba totalmente el divorcio, y dentro de la cual se despenalizaban algunos casos de aborto: en 1971 se dieron 1,7 abortos por cada 100 embarazos, una cifra que se elevó a una media de 18% para la década de los ochenta; paralelamente si en 1963 había un 4% de madres solteras, éstas eran un 27% en 1986 (49). La moral católica estaba dejando de ser esa base de la armonía social en Quebec para pasar a ser un estorbo a la libertad de los individuos; para el poeta P. Maheu, la solución estaba clara: «*La morale, cette mère castratrice nous l'avions violée tant et plus, au point qu'elle en nous en imposait plus: dans la réprobation ou le scandal que nous causons, nous avons découvert notre force*» (50).

Pero dentro del contexto de estos años, la Revolución tranquila, como etapa de modernización de la sociedad de Quebec, llegaba a su final con unos éxitos modestos: «... las relaciones de clase continuarían sin cambios, excepto por esa nueva clase media francófona que habría desplazado a la clase tradicional de clérigos y profesionales, como fuerza sociopolítica dominante, y que habría cambiado a la burguesía industrial y financiera anglófona por un mayor reparto del poder económico» (51).

Estos resultados incrementaron el descontento de esa mayoría francófona de Quebec, al tiempo que se construía un nuevo canon nacionalista que se presentaba como izquierdista (el PQ se autodefine desde sus orígenes como socialdemócrata y comprometido con la clase trabajadora). El nacionalismo étnico-religioso de Groulx evolucionaba hacia otro de tipo territorial y cívico. Siguiendo a Keating, podemos analizar los aspectos más socialdemócratas del nacionalismo quebequés como los residuos de «un hilo colectivista en el pensamiento social católico que ha influido en el modo en que sociedades católicas como Quebec han hecho la transición a la modernidad, fomentando los métodos corporativistas de abordar la reglamentación social» (52).

(49) Dickinson y Young, *op. cit.*, págs. 323-24.

(50) Maheu, P., «De la révolte à la révolution», citado en G. Boismenu, L. Mailhot, y J. Rouillard, *Le Québec en textes. Antologie 1940-1986*, Boreal, Montreal, 1986, pág. 354.

(51) Behiels, *op. cit.*, pág. 247.

(52) Keating, M., *Naciones contra el Estado. El nacionalismo de Cataluña, Quebec y Escocia*, Ariel, Barcelona, 1996, pág. 87.

Pero a finales de los sesenta, esa transición entre el nacionalismo tradicional de la UN, y el neonacionalismo del PQ, todavía no había finalizado. De hecho, y pese a los logros de su gestión, los liberales perdieron las elecciones de 1966 frente a la UN, dirigida por D. Johnson, que ante la política de *maître chez nous* de los liberales, jugó la baza nacionalista de *égalité ou indépendance*, y ganó. La gran consecución de Johnson fue lograr que De Gaulle fuese en 1967 a celebrar el centenario de la Confederación canadiense invitado por Quebec y no por Ottawa. El viejo general, emocionado por el medio millón de personas que le recibió en Montreal, improvisó un discurso desafortunado pero emotivo que finalizó, entre titubeos: «*Vive Montréal! Vive le Québec! Vive le Québec libre!*» (53). Casi sin quererlo, De Gaulle estaba inaugurando el nacionalismo soberanista de Quebec.

El incremento de tensiones sociales, el aumento de la actividad sindical y los movimientos huelguísticos, etcétera, hicieron pivotar a la sociedad quebequesa hacia la izquierda política. Determinados grupúsculos comenzaron a entender esto como los inicios de una revolución de liberación nacional y entraron en la lucha armada. Un pequeño número de atentados, con bombas caseras, fueron los inicios del Front de Libération du Québec, en 1963. La corta vida de este grupo terrorista, autodefinido como marxista-leninista y nacionalista quebequés a partes iguales, supuso uno de los momentos más críticos de la reciente historia de esta sociedad. El 5 de octubre de 1970, James Cross, diplomático británico, fue secuestrado por el FLQ, que pedía la independencia de Quebec, la liberación de 23 presos políticos y medio millón de dólares en oro como rescate. También pidieron la lectura pública de su *Manifeste* (leído por radio el día 8): «Vivimos en una sociedad de esclavos aterrorizados, aterrorizados por los grandes patronos, (...) aterrorizados por la Iglesia capitalista romana, (...). Esto nos hace luchar, no de uno en uno, sino en unidad, hasta la victoria, con todos los medios que podamos como lo hicieron los patriotas de 1837-38. (...) ¡Viva Quebec libre!» (54).

La tensión política se incrementó, y el día 10 se produjo un nuevo secuestro, el de Pierre Laporte, ministro provincial de trabajo. Esto obligó al gobierno federal de Trudeau a declarar el estado de sitio en Quebec el día 16. Como respuesta, el FLQ acabó con la vida de Laporte el día 17. En medio de una intensa actividad policial, al amparo de la ley marcial, se desarrolló una represión indiscriminada contra los nacionalistas quebequeses,

(53) Boismenu, *op. cit.*, p. 462.

(54) Boismenu, *op. cit.*, págs. 360-61.

opositores políticos y líderes sindicales, que se sintieron nuevamente humillados en su tierra. Gaston Miron, el poeta nacional por antonomasia (también encarcelado), describió como nadie este sentimiento en su poema *L'Octobre*:

*et toi, Terre de Québec, Mère Courage
dans ta longue marche,...*

...

*nous avons laissé humilier l'intelligence des pères
nous avons laissé la lumière du verbe s'ailir... (55)*

La crisis acabó definitivamente el 3 de diciembre cuando Cross fue liberado mientras se aseguraba a sus secuestradores un idílica huida a Cuba. Pero la fractura política siguió abierta, y fueron muchos los nacionalistas que criticaron duramente las acciones del gobierno por haber empleado al ejército en la resolución del problema, y haber suspendido la ejecución del habitual marco político durante casi un mes y medio. Para G. Rocher «el gobierno entró en la “guerra revolucionaria”, y esto fue un serio error. Incluso un error moral» (56). Pero otra vez Quebec se sintió aislada: un 87% de la población de Canadá apoyó completamente la acción gubernamental; pero el 13% que se oponía era algo más de un 50% de los encuestados en Quebec (57).

Independientemente de que el levantamiento popular que el FLQ esperaba ocasionar nunca se produjo, y de que era obvio que Quebec en 1970 no estaba como para iniciar un guerra de liberación nacional contra Canadá, lo cierto es que el efecto de catalización sobre el nacionalismo francófono fue muy importante. El FLQ sobrevivió poco a su «gloria» de 1970, y en 1971 estaba casi disuelto. No obstante dejó el germen de un nuevo nacionalismo que ya no veía la liberación de Quebec en la eliminación de la élite anglófona, tanto como en la evolución hacia una nueva forma más democrática de sociedad. Esta transición hacia un nuevo nacionalismo hegemónico se completó en los seis años que separaron la crisis de octubre y la victoria electoral del PQ en 1976. Pero a estas alturas, los efectos de la Revolución tranquila ya habían sido absorbidos socialmente, y el contexto era totalmente nuevo, como la misma victoria del PQ vino a demostrar.

(55) Miron, G., *Embers and Earth (Selected poems)*, Guernica, Montreal, 1970, pág. 50.

(56) Pelletier, G., *The October Crisis*, M&S, Montreal, 1971, pág. 143.

(57) Finley, *op. cit.*, pág. 475.

Al igual que las otras dos paradojas antes referidas, la de una revolución tranquila será la del intento de cerrar ese abismo entre sociedad real y sociedad «políticamente entendida». La nueva paradoja va a ser fruto de estos nuevos procesos casi en igual medida que de las dos paradojas anteriores, solucionando determinados problemas en el funcionamiento social y dando una nueva perspectiva al problema de Quebec: para los quebequeses, el nuevo problema es cómo enfocar sus relaciones con el resto de Canadá y especialmente con Ottawa a un nivel político (el problema de la soberanía), mientras que para Canadá el problema pasa a ser Quebec en sí mismo: las propuestas de construcción de un nacionalismo pancanadiense del gobierno Pearson (que se sintomatizaron en 1965 con la elección de una nueva bandera) y las propuestas liberales de pluriculturalidad y bilingüismo desarrolladas por Trudeau durante los años setenta, fracasaron en lo esencial; en vez de sentirse en su casa en todo Canadá, los quebequeses se sentían extraños al salir de su provincia; paralelamente, cada vez más canadienses anglófonos se sentían rechazados en Quebec (58). El *rattrapage* de Quebec descubrió las incompatibilidades del proyecto social iniciado durante la Revolución tranquila, por un lado, con el proyecto canadiense, y por otro lado, con el nuevo contexto socioeconómico, a nivel mundial surgido tras la crisis de 1973.

La paradoja del nacionalismo globalizante

Cada vez más, y muchas veces por encima de cualquier otra explicación, modelo o teoría historiográfica, la *paradoja* se nos muestra como la perspectiva histórica por definición. Así, hasta ahora hemos analizado la historia de Quebec, de una manera sumaria, basándonos en tres paradojas: el colonizador colonizado fue el antecesor de la actual sociedad, y adquirió una mentalidad defensiva e incluso podría decirse que de inferioridad, que fue la base de la segunda paradoja: el industrialismo tradicionalista. Quebec fue una sociedad rápidamente industrializada, pero que políticamente asumió una posición nacionalista-católica, basada en un ideal agrario, que se mantuvo en el poder hasta 1960, para ser sustituido por un nuevo concepto de sociedad, fruto de una nueva paradoja: la de una Revolución tranquila. Este proceso permitió el definitivo *rattrapage* de Quebec, es decir, la recuperación del desfase existente anteriormente entre la sociedad «real» (industrial y en rápido proceso de moder-

(58) Palmer, H., «Reluctant Hosts: Anglo-Canadian Views of Multiculturalism in the Twentieth Century», en G. Tulchinsky, ed., *Immigration in Canada: Historical Perspectives*, Copp Clark Longman, Toronto, 1994, págs. 297-333.

nización) y la sociedad «políticamente entendida» (nacionalista, católica y rural), acabando con un desequilibrio que se había enquistado, y que impidió un completo aprovechamiento de las potencialidades sociales entre 1944 y 1960. Estos procesos permitían que a la altura de 1970 el futuro pudiese mirarse con optimismo. Pero el nuevo contexto iba a traer el final del modelo keynesiano (en el que se había basado la propia modernización de Quebec), y la vuelta a unas políticas económicas de tradición liberal (como las aplicadas por Duplessis hasta 1959) en las que el criterio político, en general, giraba hacia el neoconservadurismo. Esta nueva crisis iba a afectar a Quebec, que enfrentaría las necesidades de la globalización en medio de un fuerte debate sobre su soberanía, y en medio de una constante crisis constitucional abierta en 1980 y aún hoy no solucionada.

Por otro lado, la Revolución tranquila había evidenciado las contradicciones entre Quebec y el resto de Canadá, que eran el caldo de cultivo de un nuevo nacionalismo, progresista, culturalista y «moderno», que no obstante tuvo que enfrentar las condiciones de los nuevos procesos mundiales de globalización. Para analizar la nueva paradoja, que nos llevará hasta el presente histórico de Quebec, proponemos el análisis del Parti Québécois, desde sus orígenes como movimiento social soberanista y coalición de partidos en los sesenta, hasta su actual modelo de partido de poder, tecnócrata y neoliberal.

Las políticas desarrolladas durante el gobierno Lesage (1960-1966) crearon unas expectativas entre jóvenes políticos como R. Lévesque, que finalmente se vieron frustradas tras la reconversión de los liberales a federalistas tras su derrota ante la UN. En 1967, Lévesque abandonó el partido liberal para fundar el Mouvement Souveraineté-Association (MSA), que demandaba el reconocimiento de Quebec como estado confederado y no federado a Canadá. Un año después, el popular ex ministro liberal fundaba el Parti Québécois, al coaligarse con otros movimiento políticos similares al MSA.

La sorpresa vino en 1970; aunque las elecciones las ganaron los liberales con el 42% de votos para Bourassa, *les péquistes* habían obtenido un espectacular 24% de los votos y eran la segunda fuerza política de Quebec: la UN prácticamente desapareció como partido político, pese a ser el gobierno saliente, y sólo obtuvo el 20% de los votos (59). No obstante, los liberales obtenían 72 de los 108 escaños del Parlamento, el PQ 7 y la UN 15 escaños, respectivamente (60). La frustración nacionalista ante

(59) Finkel, *op. cit.*, pág. 194.

(60) Finlay, *op. cit.*, pág. 484.

estos resultados se agravó con la crisis de octubre, el propio debate sobre la actuación del gobierno Trudeau y la debilidad de Bourassa, fue aprovechado por el movimiento «pequista» para demandar directamente una solución independentista: «esto es lo que mereceríamos, una independencia que no se pareciese a ninguna otra; tanto para los pueblos como para los individuos, acceder a lo universal significa, en primer lugar, elegir por sí mismo la puerta de entradas» (61).

Ante este contexto, el gobierno liberal de Bourassa no supo maniobrar, y vivió tres años de inestabilidad social, entre las presiones de los nacionalistas que comenzaban a dominar el mundo sindical, tras la creación de un Frente Común en 1972 que unía a los sindicatos católicos, nacionalistas y marxistas de Quebec. La huelga general decretada para el 28 de marzo de 1972 finalizó el 10 de abril tras el encarcelamiento de los líderes sindicales y la publicación de un decreto obligando a la vuelta al trabajo (62). La contundencia de la represión hizo temer a muchos que se regresaba a los años de Duplessis, mientras que a otros les dolió como una repetición de octubre de 1970. Con este panorama social se llegaba a las elecciones de 1973 en las que Bourassa volvió a ganar, y aunque los pequistas consiguieron un 30% de los votos, perdieron un diputado; la casi no existencia de otro partido en estas elecciones, dio 102 diputados a los liberales y 6 al PQ (63).

El nuevo gobierno Bourassa mantuvo su política económica y sindical, pese a las repercusiones de la crisis del 73 que elevaba el paro de un 4,1% en 1966 a más de un 10% en 1976 (64). Esto le llevó a afrontar otro Frente Común entre 1975 y 1976. Respecto al «problema nacionalista», Bourassa intentó actuar con más tacto en su segundo mandato. En 1972, sólo un 13,7% de los inmigrantes que llegaban a Quebec aprendía francés y llevaba a sus hijos a escuelas francesas (65). Este dato, esgrimido por los nacionalistas como agravio, llevó a Bourassa a presentar la Ley 22 en 1974, para hacer el francés lengua oficial de Quebec. Pero el hecho de mantener la libertad de opción lingüística para los in-

(61) Dumont, F., *La vigile du Québec. Octobre 1970: l'impasse?*, Hurtubise, Montreal, 1971, pág. 234.

(62) Palmer, *Working-class... op. cit.*, págs. 311-313.

(63) Finlay, *op. cit.*, pág. 489.

(64) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 302.

(65) Plourde, M., *La politique linguistique du Québec, 1977-1987*, IQRC, Quebec, 1988, págs. 11-15.

migrantes, supuso que una ley hecha para contentar a los pequistas, les enojase aún más. Desde el inicio de 1976, la sucesión de huelgas, manifestaciones y expresiones de nacionalismo fueron insoportables para Bourassa, que adelantó las elecciones a finales de ese mismo año. Los resultados electorales estaban anunciados desde la convocatoria de las elecciones: la única opción eran el PQ y Lévesque, la repetición de la Revolución tranquila, pero ahora dirigida por el más izquierdista y nacionalista de los ministros de Lesage. Los pequistas obtuvieron un 41% de los votos (tres cuartos de los escaños), con un programa en el que prometían una nueva ley lingüística y, por encima de todo, la realización de un referéndum de autodeterminación. La misma noche electoral, el Primer ministro de Canadá, Trudeau, en un discurso televisado a la nación, anunciaba que, aunque estaba dispuesto a sacar el ejército a la calle para mantener Quebec en el federación, «Canadá no puede, Canadá no debe, sobrevivir a la fuerza», y anunciaba una reforma constitucional que incluiría las reivindicaciones históricas de Quebec (66).

En su primer año de gobierno, 1977, los pequistes aprobaron la Ley 101, que hacía el francés idioma oficial de Quebec, obligándolo a ser primer idioma obligatorio de las escuelas excepto para aquellos que fuesen hijos de ambos padres anglófonos (que podían elegir entre inglés o francés). Los «alófonos» (aquellos cuya lengua materna no es ni inglés ni francés), pasaron de ser educados en francés: si en 1971 sólo un 15% de los alófonos se educaba en francés, en 1978 pasaron a ser un 27,2% y en 1989 eran ya un 70,2% (67). Además, la Ley 101 abolía el uso del inglés en los procedimientos legislativos y judiciales. De esta ley, también salía una importante financiación para potenciar la cultura francófona en Quebec, como proyectos de recuperación del *jouel* (el dialecto francés de las clases trabajadoras de Montreal), programaciones culturales obligadas a las cadenas de radio y televisión, etcétera: «Asistimos a una emergencia vigorosa de una cultura quebequesa, existente desde hace mucho tiempo, pero que jamás había expresado tanta vida ni tanta independencia» (68).

La interacción de los factores previos a la victoria del PQ, se mantenía y expandía en lo que podemos definir como una reconstrucción «desde arriba» de la cultura quebequesa. El día del primer levantamiento de Papineau en 1837, el 24 de junio, pasó

(66) Finlay, *op. cit.*, pág. 487.

(67) Dickinson y Young, *op. cit.*, pág. 310.

(68) Boismenu, *op. cit.*, pág. 172

a ser fiesta nacional de Quebec. El nuevo gobierno pequista se enfrentó a Ottawa para conseguir que Quebec fuese el único estado canadiense con servicio de inmigración propio (con baremos distintos al federal, que le cede una cuota sobre el total de inmigrantes, dado que el ser francófono de nacimiento da derecho directo a la residencia en Quebec). Esto se consiguió en medio de un contexto internacional en el que muchos haitianos huían de su isla y se refugiaban en Quebec. El intento de Ottawa de expulsar a los que no recibieran asilo político fue denunciado por Quebec, que concedió la residencia a todos los haitianos que habían llegado a Quebec con posterioridad a 1972 (unos 11.500 sólo entre 1972 y 1975) (69).

Con este contexto se llegó a 1980 y el primer referéndum de autodeterminación de Quebec. Lévesque prometió un país nuevo y mejor, mientras Trudeau anunciaba el caos económico y financiero, admitía los errores del pasado y prometía una nueva Constitución. La promesa de reforma constitucional fue definitiva, y supuso que el 59,6 del electorado votase «no». Las cosas habían cambiado lo suficiente en Quebec desde 1961, cuando un anglófono, de media, ganaba un salario un 51% superior al de un francófono, distancia reducida al 32% en 1970, al 15% en 1977 y prácticamente inexistente en 1980 (70).

El problema se trasladó del campo socioeconómico (la evidente discriminación de los québécoises en Quebec había desaparecido en menos de veinte años para pasar a ser ahora una discriminación de los alófonos y algunos sectores de los nuevos anglófonos pauperizados) al de la cultura política. Lejos de acabar con el «problema de Quebec», el resultado del referéndum obligó a Trudeau a repatriar la Constitución de Gran Bretaña (contando con el apoyo de Thatcher e Isabel II), pero no incorporó las demandas de Quebec, y el PQ se negó a aceptar la nueva Carta en 1982 (ningún gobierno quebequés ha aceptado la repatriación al día de hoy).

Pero todos estos hechos ocurrieron en medio de la crisis mundial de 1981, que devolvió las tasas de desempleo en Quebec y Canadá a los dos guarismos. La crisis económica asfixió al gobierno pequista, que tras haber defendido las demandas sindicales de los años setenta, había desarrollado una política de de-

(69) Paquet, M. y E. Duchesne. «Etude de la complexité d'un événement: les responsables politiques québécois et les immigrants illégaux haitiens, 1972-1974», *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, vol. 50, núm. 2, 1996, págs. 173-200.

(70) Gagnon, *op. cit.*, pág. 18.

fensa del trabajo. Pese a su ideología socialdemócrata, a principios de 1983, Lévesque impuso un recorte salarial del 19,5% para sus funcionarios, a través de la Ley 70, mientras invitaba a los empresarios a seguir su ejemplo y reconvertir la economía. A principios de los ochenta, el PQ había sufrido «una metamorfosis desde el estatismo socialdemócrata de sus primeros años, a otro [estatismo] que potenciaba a la clase empresarial de Quebec, con la que había establecido unos lazos económicos que reforzaron a este sector políticamente» (71). El PQ se veía afectado por esos vientos de neoconservadurismo que venían del sur. Es más, si el tratado de libre comercio entre Canadá y EE.UU. de 1988 pudo firmarse, fue, entre otras razones, por las presiones políticas de los gobiernos quebequeses, que impusieron sus proyectos a otros estados más ricos y políticamente izquierdistas como la Columbia Británica.

Estamos pues ante los procesos de reconversión tanto económica, como política y social de los años ochenta, que supusieron el fin definitivo del modelo keynesiano a nivel mundial y la imposición de un neoliberalismo acompañado de un nuevo conservadurismo político, tanto en Quebec como en el mundo. Y si en algunos países este proceso fue dirigido por partidos socialdemócratas que comenzaban a desvirtuarse, en Quebec fueron los socialdemócratas nacionalistas los encargados de mundializar la economía de Quebec, así como de imponer las nuevas políticas a la clase trabajadora, igual que en muchos otros sitios, en 1983. Las huelgas de los funcionarios fracasaron ante la pasividad de un movimiento sindical cooptado por los pequistas: «Durante el proceso, los sindicatos y los grupos de derechos civiles fueron “puenteados” y la resistencia popular alcanzó su máximo en movilizaciones masivas. Aun así, el Estado, en su mayor parte, emergió de este autocreado caldero de conflictos intacto y triunfante, (...) la naturaleza del poder estatal permaneció básicamente intacta» (72).

La sociedad de Quebec se movía hacia la derecha en medio de la peor de sus crisis económicas. La sociedad quebequesa de los años ochenta, en ese sentido, e independientemente de la potenciación de la cultura y la lengua francesa, siguió los caminos de estandarización social del resto de los países más desarrollados, recibiendo una fuerte influencia directa de los vecinos EE.UU. Paradójicamente, otra vez, en su enfrentamiento a la «cultura canadiense», la «cultura quebequesa» giró hacia la norteamericana, tanto a nivel político como social: «Desde

(71) *Ibid.*, pág. 335.

(72) Palmer, *Working-class... op. cit.*, pág. 362.

mediados de los años ochenta, la sociedad quebequesa se caracteriza, de entrada, por un mayor conservadurismo, por el paso del poder de manos de los intelectuales a las de los hombres de negocios, y por un rechazo del papel del Estado como útil principal de avance para los francófonos. (...) Los quebequeses se convirtieron en grandes consumidores de bienes culturales. Pese a este aspecto esperanzador, la americanización y la mundialización de la cultura siguen siendo preocupantes» (73).

Desde este punto de vista, el proceso inicial y más traumático de la globalización, la reconversión económica al neoliberalismo, fue desarrollado por el PQ que, pese a llevar en su propia ideología la defensa de un Estado quebequés independiente, desarrolló una práctica política de desmantelamiento del escaso Estado de bienestar, y cerró el nuevo pacto sociopolítico en torno al recién inaugurado régimen neoliberal, vigente hasta la actualidad. Las únicas políticas puramente nacionalistas fueron las lingüísticas y las natalistas (ante la reducción de las tasas de natalidad hasta que se alcanzó un crecimiento negativo para la población francófona) que, junto a las antes citadas huidas de anglófonos, permitió que del Quebec de 1970 en el que un 70% de la población era francófona, se pasase a recuperar, a mediados de los ochenta, la «histórica» tasa del 80%. El hecho de que el francés y su cultura tuviesen asegurada su supervivencia en Quebec, no impidió que su defensa fuese el argumento empleado por los pequistas para afrancesar aún más las formas en Quebec, enfrentándose a nuevos movimientos de derechos civiles en defensa del inglés como Alliance Quebec.

Y es así como entramos en los noventa y nos enfrentamos a la última de las paradojas. La estabilidad política de fines de los ochenta, en Quebec, sobre todo desde la nueva victoria electoral de los liberales de Bourassa frente al PQ en 1985, seguida de la muerte de Lévesque en 1987, habían reducido la tensión nacionalista. El nuevo Primer ministro de Canadá, el conservador Mulroney, vio entonces el momento de acabar con la crisis constitucional abierta en 1982, a través de una reforma constitucional que se pactó en los Acuerdos de Meech Lake en 1987: Quebec recibía un estatuto especial que le daba derecho a veto sobre futuras reformas constitucionales, plenos poderes en política inmigracional (algo que ya tenía de hecho), y un porcentaje de los impuestos federales que pasarían a ser recau-

(73) Dickinson J.A. y B. Young, *Brève histoire socio-économique du Québec*, Sillery, Septentrion, 1992, págs. 316 y 354.

dados y utilizados por el gobierno de Quebec. Tras una larga negociación en la que se vencieron las resistencias de los distintos grupos de presión en todo Canadá, el pacto estaba listo para ser aprobado en 1990. Pero en la Asamblea estatal de Manitoba, el consenso requerido para ratificar el acuerdo se vio roto cuando el único diputado indígena de la cámara, Elijah Harper, votó «no», porque el hecho de privilegiar a Quebec como «sociedad distinta», sin darle el mismo reconocimiento a los pueblos indígenas, sólo podía ser entendido por éstos como un insulto.

Esto ocurría en junio, unos días antes de que la policía de Quebec asaltase una barricada mohawk en Oka, instalada por los indígenas que se negaban a la expansión de un campo de golf en tierras que ellos consideraban sagradas, al ser un cementerio. Tras veinte años de inactividad, el ejército canadiense volvía a ocupar Quebec para controlar una rebelión indígena. Como respuesta al tiroteo del 10 de junio en el que murió un policía, los mohawks de Kahnawake, en solidaridad con los de Oka, se levantaban en armas y cortaban el Pont Mercier, bloqueando un tercio de la ciudad de Montreal y su autopista hacia los EE.UU. La crisis de Oka no se solucionó hasta la intervención militar en las barricadas de Oka, Kanestake y Kahnawake el 26 de septiembre del mismo año (74). Las reacciones de solidaridad del Canadá anglófono con los rebeldes (independientemente de que los indígenas estén igual de maltratados dentro y fuera de Quebec), y el hecho de que los propios mohawks sean anglófonos y protestantes desde 1866, convirtió el debate en una crítica al nacionalismo quebequés, que no sirvió sino para incrementar a este segundo, que desde 1990 se radicalizó: el rechazo de Meech Lake y la crisis de Oka relanzaron el nacionalismo agotado en 1985. Otra vez, se inició la búsqueda de ese segundo referéndum de autodeterminación, el de 1995, que sucedió a una nueva victoria electoral del PQ, liderado por Parizeau y Bouchard, en 1994.

Entre medias, el último intento de acabar con la «debacle» de Meech Lake se llevó a cabo con el acuerdo de Charlottetown, rechazado en referéndum en 1992 por un 54,2% de los canadienses y un 55,4% de los quebequeses (si bien la provincia más radical fue la Columbia Británica, que votó en un 67,8% «no») (75). Este fracaso fue la muerte política de Mul-

(74) Para entender esta rebelión, ver Boileau, *op. cit.*, y G. York y L. Pindera. *People of the Pines. The Warriors and the Legacy of Oka*, B&C, Toronto, 1996.

(75) Finlay, *op. cit.*, pág. 543.

roney a nivel federal y Bourassa a nivel provincial, al mismo tiempo que la excusa perfecta para el resurgir, más agresivo si cabe, del PQ, que fijó 1995 como año de la independencia de Quebec, si bien bajo un criterio territorial y lingüístico, alejado de la concepción étnico religiosa del antiguo modelo nacionalista. El empate técnico sirvió para que Parizeau dimitiese al no haber conseguido «emancipar» a Quebec, y su sustituto, L. Bouchard, convocará elecciones legislativas para 1999.

La paradoja de las paradojas de Quebec

No obstante, a lo largo de las líneas anteriores se ha intentado trazar una síntesis de la historia de Quebec y su nacionalismo que pretende ahora llegar a sus conclusiones finales.

La paradoja de las paradojas de Quebec, expresada en la crisis de Oka, nos sirve para reflexionar sobre todo lo anteriormente dicho; por primera vez en su historia, Quebec estaba a punto de ver cumplidos sus deseos de reconocimiento como «sociedad diferenciada» dentro de Canadá, basándose en sus derechos como los primeros colonizadores de Canadá, como los colonizadores colonizados que reivindican su «nación». Pero estos derechos fueron rechazados por aquellos a quienes ellos, al igual que sus colonizadores, habían colonizado. El nacionalismo quebequés se encontró en el indigenismo con el mayor de sus oponentes: si Quebec era una nación diferenciada en base a su historia, su cultura y su lengua ¿acaso no lo eran también las numerosas culturas indígenas que llevaban siglos resistiendo invasiones y aculturaciones tanto de anglófonos como francófonos?

La cuestión es que la década de los noventa, tanto en Quebec como en el resto del mundo, ha supuesto un proceso de posmodernización, que en lo económico se define por el neoliberalismo, en lo social por el neoconservadurismo, y en lo cultural por la globalización y norteamericanización de las formas. Lo paradójico es que, en lo político, estas transformaciones han sido llevadas a cabo, sin distinción ideológica, por liberales, socialdemócratas o nacionalistas, sin distinción en las formas y fondos de las nuevas políticas económicas y sociales. La paradoja de Quebec no es tanto la transformación del PQ en un partido de gobierno, sino cómo una modernización conseguida, por encima de todo, gracias a la construcción de un «programa nacional», progresista y culturalista, ha devenido en la misma uniformidad que en el resto de las sociedades industrializadas: «Esto concuerda con el paradójico

veredicto de Alexis de Tocqueville en el sentido de que el nacionalismo puede hacerse más fuerte al tiempo que disminuye la peculiaridad cultural» (76).

Quizá sea ahí donde las paradojas de Quebec nos convierten el ejemplo en paradigmático: las transiciones del industrialismo clásico al keynesianismo, y de éste al nuevo paradigma neoliberal se desarrollaron entre 1959 y 1983, en un ciclo que nos permite pensar en comparaciones con procesos similares, a nivel socioeconómico, como lo pueda ser la propia modernización española de las mismas fechas. A nivel político, muchos de los procesos de *rattrapage* político de la Revolución tranquila pueden ser asimilados con los que se desarrollaron en nuestro Estado durante la transición política. De hecho, el problema nacional, distorsionado por igual en Canadá y España por el efecto de la globalización, está presente en Quebec, donde los pequistas miran con buenos y solidarios ojos a los nacionalismos catalán y vasco (la visita de Pujol a Quebec en 1994 se desarrolló en una atmósfera que habría dado a entender que ambos eran Estados independientes, y casi no se vieron las pocas banderas españolas y canadienses que por allí hubo).

Pero más que a nivel político, podría plantearse una tesis comparativa entre ambas sociedades, la canadiense y la española, a través de dos elementos que, al menos en el caso de Quebec, son muy evidentes: por un lado están los dos procesos de modernización social, desarrollados entre los años sesenta y setenta, en los que los espacios entre la «sociedad real» y la «sociedad políticamente entendida» se cerraron temporalmente en medio de una amplia movilización social y un espíritu político que podríamos definir de «progresista», para en los años ochenta desarrollar la reconversión a sociedades postindustriales en un giro conservador en el que la alienación social respecto a su clase política volvió a abrirse fruto de las nuevas condiciones de estas sociedades «satisfechas». El estudio de cómo afectaría una modernización social subyacente al éxito de estos procesos, quizá explicase mejor los resultados de la transición española, que su comparación a un nivel meramente político con otras transiciones de países cuyo contexto socioeconómico, e incluso histórico, se alejan del nuestro más que la sociedad quebequesa, cuya historia, al menos a determinados niveles de evolución de la moral social, el avance de la secularización, etcétera, se mostraría como un buen referente para la comparación.

(76) Keating, *op. cit.*, pág. 132.

El segundo elemento a comparar sería el del problema nacional. En las evoluciones del nacionalista y católico Quebec de los años cuarenta y cincuenta hacia su Revolución tranquila, los trabajos históricos españoles pueden tener un punto de comparación para analizar procesos similares en nuestra propia sociedad, especialmente para el análisis de los nacionalismos catalán y vasco durante el post-franquismo, en comparación con el nacionalismo quebequés en su relación con Ottawa. De hecho, la estrategia del referéndum de autodeterminación, independientemente de no haber sido lo suficientemente analizada a este lado del Atlántico, se muestra a lo largo de la historia de Quebec como la más democrática, aunque compleja, de las opciones.

Aunque sólo sea porque la violencia nacionalista en Quebec es hoy inexistente, pese a la existencia histórica del FLQ, y que la opción por la «vía referéndum» del PQ a principios de los setenta fue un hecho clave en la desaparición de ese movimiento armado, el análisis comparado de sociedades como la de Quebec se antoja hoy más importante que nunca, independientemente de la postura que se quiera asumir en su análisis. Así, comprobar las transformaciones del nacionalismo en las sociedades postindustriales, sirve para afirmar junto a Hobsbawn que «a pesar de su evidente prominencia, el nacionalismo es [hoy] históricamente menos importante. Ya no es un programa mundial, por así decirlo, como cabría afirmar que era en el siglo XIX y principios del XX. Es, a lo sumo, un factor que complica, o un catalizador de otros fenómenos» (77).

En este sentido, la idea de un Quebec exclusivamente francés y católico, fortín de la raza francesa como expresó Tardivel, ha desaparecido. La función del nuevo nacionalismo debería haberse orientado a la defensa cultural y, por encima de todo, al enriquecimiento de la propia cultura en su apertura a las demás, especialmente tratándose de sociedades históricamente multiculturales como la quebequesa (o la española). Sin embargo, el nacionalismo asume formas de clientela política y toma su posición en la lucha de poder existente permanentemente entre las clases dominantes, de sus respectivas sociedades. Paradójicamente, otra vez la paradoja, esta renuncia a su ideología base no desactiva al nacionalismo, sino que lo potencia y lo convierte en nacionalismo de Estado... tan exclusivista como los nacionalismos centrípetos (ocultos bajo las retóricas del multiculturalismo bilingüe de Ottawa, existente sólo en el papel) a los que habitualmente tienen que enfrentarse.

(77) Hobsbawn, E.J., *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Crítica, Barcelona, 1991, pág. 201.

En este sentido, las paradojas del nacionalismo quebequés, igual que las del nacionalismo canadiense, son una perspectiva más desde la que entender los conflictos políticos en torno a la soberanía territorial (igual que en nuestro Estado, estas cuestiones las plantean otros nacionalismos como el español, el vasco, el catalán... y la lista sigue alargándose). De hecho, todo nacionalismo, independientemente de que sea centralista o separatista, sufre las mismas paradojas, que nacen de educar a las personas en las ideas de «exclusión» y «competencia» en lugar de las de «respeto» y «colaboración». Las fronteras no dejan de ser sólo un modo más de facilitar el trabajo a esta estructura de dominación de las clases político-culturales hegemónicas. En este sentido, la defensa de la anacionalidad se hace básica, para recordar ideas hoy olvidadas, pero no por ello equivocadas, como la de la fraternidad que deben guardarse las mujeres y los hombres del mundo entero. Lo decía un «anónimo» patriota quebequés durante la Rebelión de 1837...

*Hommes aux fronts amis,
Venez la fête est belle
Splendide, solennelle
C'est la fête du peuple
et nous sommes ses fils (78).*

(78) Lenoir, J., «La fête du peuple», en L. Mailhot y P. Nepveu, *La Poésie québécoise*, Typo, Montreal, 1990, pág. 57.
